



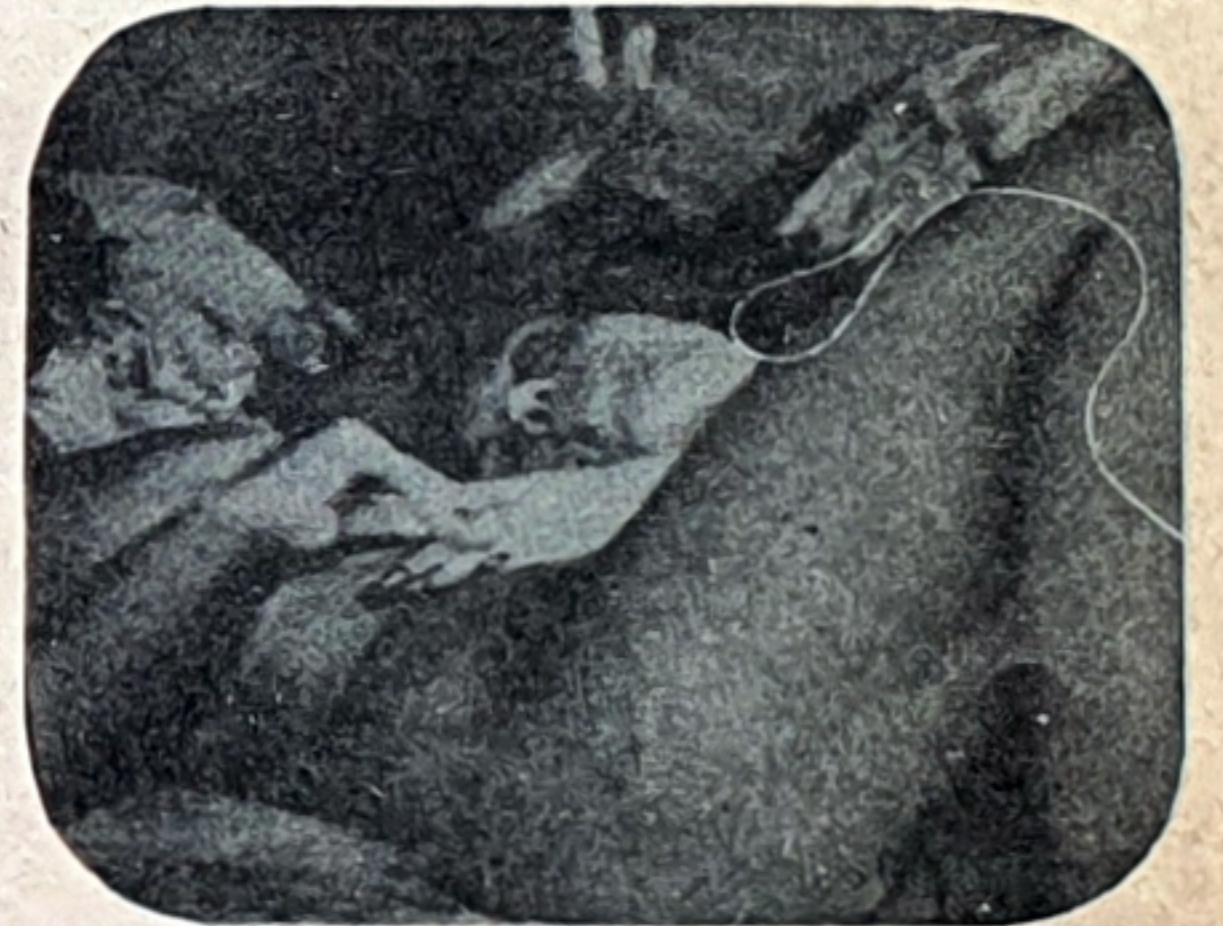
De a poco, como obedeciendo a un ritual, Dolly comienza a desvestirla, tranquilizándola con palabras dulcísimas. Sin resistirse, Tiffany hace lo propio con su nueva amiga. A esta altura, ya se siente capaz de todo. (Es de noche y Bob no volverá hasta mucho más tarde.)



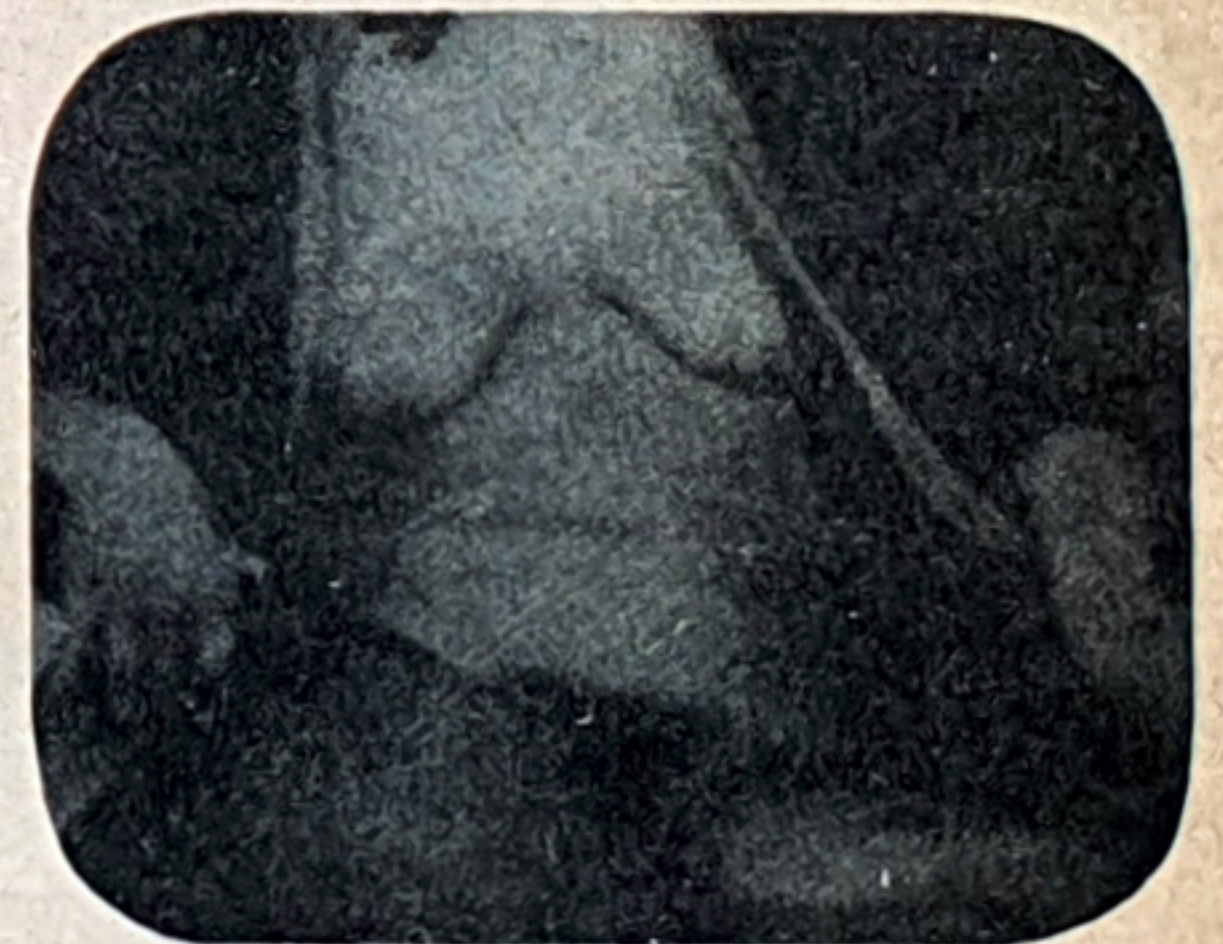
Ya desnudas ambas, Dolly la tiende suavemente en la cama y deja que sus labios recorran sin apuro la morena piel de Tiffany. La muchachita se retuerce y comienza a gemir bajo semejantes caricias, pero Dolly no le tiene la menor piedad. "Esto es solo el comienzo", dice.



Tiffany comprende, entonces, que ha malgastado la mitad de su vida con un tonto que apenas la comprende. "No te apures", la tranquiliza Dolly. "La escuela del placer toma su tiempo. Esta noche aprenderás bastante y se lo harás saber a Bob." El clima se pone denso.



Para Tiffany aquella es una experiencia inédita. Nunca ha gozado tanto. Dolly lo sabe y prosigue infatigable (sus dedos saben cómo encontrar los pliegues más recónditos y dulces). Tiffany grita, a punto de desmayarse. "¡Es demasiado!", aúlla.



Finalmente, todo acaba entre temblores y susurros. "La lección ha terminado", dice Dolly, besándola. Al día siguiente, cuando Bob vuelve a casa, Tiffany ya no es la candorosa chiquilina que dejó. Ha aprendido algunas artimañas que irán enloqueciendo a su incauto maridito.

Históricamente, contamos con inicios de represión homosexual anteriores al surgimiento de la civilización judeo-cristiana, como las leyes zoroástricas, por ejemplo. Pero sólo a partir de ésta, la persecución se convierte en un juego sistemático. En los primeros tiempos y durante todo el período de la Edad Media, la homosexualidad es considerada como una expresión demoníaca y tratada a través de procedimientos exorcistas llevados a cabo por la Iglesia, por medio de la Santa Inquisición. Luego del período renacentista, la homosexualidad pasa a ser considerada una de las peores exteriorizaciones de la corrupción moral, de la depravación, del hartazgo sexual, y la forma de redimirla es con la prisión, el escándalo y la censura pública. Hace unos cien años, aproximadamente, neurólogos como Krafft Ebing y sus contemporáneos, la consideran una deformación de tipo hereditario, sobrevenida de un dudoso antepasado, y la convierten en una enfermedad. Poco después, con la aparición de Pavlov y su teoría de los reflejos condicionados, sobrevienen los métodos aversivos para tratar de "curarla", esto es, relacionando el objeto de deseo a la aplicación de vomitivos y eletroshocks. Hace unos cincuenta años, el auge de la endocrinología arrasó con todas las teorías anteriores y el tratamiento para desterrar la homosexualidad de algunos individuos se hizo sobre la base de inoculación hormonal. Hoy en día, la psiquiatría y el psicoanálisis han surgido por encima de las demás formas, y dichos métodos son sostenidos y practicados por la mayoría de los especialistas, según los cuales, la homosexualidad es un producto de una deficiente formación infantil, revelando su origen y evolución en diferentes conflictos psicodinámicos. Estos especialistas pueden diferir en las particularidades conflictivas que originan la homosexualidad y en los tipos de tratamiento, pero casi todos coinciden en que ésta debe ser curada. El pensamiento pseudocientífico de la psiquiatría y la psicología no hicieron sino transformar la intolerancia bárbara en una intolerancia civilizada. La psicoterapia reaccionaria denunciará al perverso que no quiere curarse; la liberal compadecerá al que no puede asumirse.

Cabe destacar, sin embargo, que algunas corrientes psicológicas modernas han revisto esta posición partiendo, por supuesto, de un cuestionamiento global de la psicología tradicional. Las más simplistas parten del mismo Freud, que en su **Carta a una madre norteamericana** dice que *"la homosexualidad no es una enfermedad sino una variante de la conducta sexual", hasta las que niegan la base edípica como génesis de conflicto.*

Algunos lectores podrán suponer que la ciencia se maneja a base de preceptos objetivos y desapasionados, que los científicos no elaboran análisis tendencistas, y que sus estudios y conclusiones no están influenciados por factores ideológicos, falsa información y motivos personales. Nada más alejado de la verdad. Como veremos enseguida, los científicos se la han pasado emitiendo teorías que una o dos décadas después eran rebatidas por otras que, a su vez, eran nuevamente rebatidas, y así hasta nuestros días. Las genéticas son las que ofrecen las variantes más cómicas y divertidas.

Un poco de historia

En los inicios del análisis científico de la homosexualidad, todos los estudiosos coincidieron en que ésta se trataba de una anomalía congénita. Arrastrando todavía las pautas más enquistadas de una moral judeo-cristiana ya en decadencia, su modo de defenderse apartándola de ellos mismos y del ambiente "normal" donde se desenvolvían, era ubicándola, no en la potencialidad de todos los individuos, sino en aislados casos donde las neuronas y los cromosomas no funcionaban como debían.



El primer estudio clínico-antropológico realizado sobre el tema fue el de Griesinger, quien vislumbró en uno de sus casos la relación entre el estado del paciente homosexual y caracteres de tipo hereditario, aunque el primer tratado fue escrito por Westphal, quien lo definió como una inversión sexual congénita con conocimiento, por parte de la persona afectada, de su naturaleza patológica, sin aclarar si la inversión sexual era un carácter proveniente de un estado neuropático o psicopático, pero expresando, sí, que en cualquiera de los dos casos se trataba de resultantes congénitas. Hirschfeld considera simplísticamente a la homosexualidad —y de esta manera se acerca a una concepción realista— como la inclinación sexual experimentada por ciertos hombres hacia otros hombres y por ciertas mujeres hacia otras mujeres, determinando una diferencia entre homosexualidad y pederastia (coito anal), y estableciendo las primeras normas para definir el carácter bisexual en algunos individuos, considerándolo como la atracción indistinta hacia los dos sexos sin manifestación de rechazo hacia ninguno. Hirschfeld, aunque indagando ya en el campo de la psicología, se halla totalmente arremido a la teoría de la constitucionalidad: *"La fusión completa de la homosexualidad con toda la personalidad del homosexual, o de la lesbiana, tiende a probar que la homosexualidad es innata en el individuo y no adquirida en él durante su vida".*

Iván Bloch acomete con las primeras incursiones en el terreno de lo psicológico al considerar a algunos homosexuales como *"invertidos ocasionales"* o *"pseudoinvertidos"*, como los influidos por los ambientes de los internados o de la marina, o los seducidos por *"verdaderos homosexuales"*.

Binet es otro de los que intentan explicar el fenómeno de la homosexualidad desde el punto de vista psicológico quien, junto a Condillac, la atribuye a la asociación de ideas y sentimientos bajo el punto de origen de los impulsos sexuales. Binet enfoca el origen dado a través de una fuerte excitación causada por la visión o por el contacto con otra persona de su mismo sexo, factor que después se ve acentuado por la repetición de la experiencia o por la incentivación obsesiva de las fantasías: pero —agrega— las mencionadas cir-

HOMOS vs HETEROS

Por Zelmar Acevedo

El autor que, además de estudioso del tema, es miembro del "Grupo Federativo Gay de la República Argentina", cuestiona con mucha objetividad por qué se los cuestiona. Señala a quienes los señalan. Apunta sobre quienes los apuntan. Y, con suficiente cantidad de datos y teorías, estudios e investigaciones, vuelve a un viejo y siempre polémico tema: ¿por qué? Por qué se los reprime, por qué no se los acepta, por qué se los margina, por qué se los degrada. Por qué esa sempiterna guerra divisoria entre homosexuales y heterosexuales. Sin dudas, su visión gay merece discutirse. Eso es lo que se propone VIVA con la publicación de este artículo. Estas páginas quedan abiertas para quien, con objetividad, inteligencia y prudencia, quiera refutar, objetar, ampliar o avalar cada palabra, pensamiento o concepto aquí vertido.

cunstancias se dan en individuos predispuestos ya congénitamente, posición compartida por Schrenck-Notzing. Chevalier se contrapone a dicha posición sosteniendo que una explicación psicológica de esta clase no aclara el origen de los instintos homosexuales iniciados mucho antes de cualquier asociación de ideas fusionadas con sensaciones sexuales. Schwartz creyó notar que los homosexuales eran, por lo general, de escasos recursos respecto a sus posibilidades de contacto, teoría también sustentada por Speer quien sostuvo que el "comportamiento homosexual era el límite de todas las deficiencias". Friedemann relaciona las perturbaciones en las posibilidades de contacto con una profunda debilidad del Yo. Pero será Boss quien más se acercará a la concepción freudiana de la homosexualidad —abstracción de la bisexualidad latente en todo individuo— sosteniendo la "plenitud de la existencia masculina-femenina". West considerará a las tendencias homosexuales como una deformación patológica simplemente porque no se ajusta a la manera de sentir normal de la mayoría de los individuos que integran la sociedad. Una avalancha de deformaciones anatómicas y embriológicas pretende explicar el origen de la homosexualidad, personificada en autores como Gley, Magnan, Ulrichs, Mantegazza, Bernhardt, etcétera. Gley llegó a afirmar que "los homosexuales eran poseedores de un cerebro femenino y glándulas sexuales masculinas", atribuyendo su sexualidad a un anormal funcionamiento cerebral. Gley pensaba que las glándulas cerebrales determinaban, por lo general, las funciones secundarias del cerebro. Magnan habla también de "un cerebro de mujer en un cuerpo de hombre" y viceversa. Ulrichs va un poco más allá al referirse a un "anima mulieris virili corpori innata", con lo que intenta explicar el origen del afeminamiento. Herman (1903) afirma que en todo hombre y en toda mujer existen componentes y características masculinos y femeninos. Mantegazza atribuye a "un fallo de la naturaleza" el hecho de que en los homosexuales se observen supuestas anomalías anatómicas: según este autor, ciertos nervios genitales se extienden por el recto, haciendo que el núcleo de la excitación sexual se desplace hacia esa región, clásica confusión de identificar la homosexualidad sólo en aquellos individuos que asumen el rol pasivo. Bernhardt, al emprender un estudio examinador de cinco afeminados, cree descubrir que éstos no sólo no poseen espermatozoides sino también cristales espermicos. La euforia por haber creído hallar la "respuesta a ese enigma de tantos miles de años" lo lleva a la conclusión de que el homosexual no es en realidad un hombre, sino una mujer, un ser femenino imperfecto, que lo único que tiene en común, con relación a los demás varones, es la estructura de su aparato genital, el cual —en ciertos casos— ni siquiera está normalmente desarrollado. Entre estas teorías aparecen las de Lydston y Kiernan que identificaron algunos aspectos de la homosexualidad con el hermafroditismo, partiendo de la base que en el origen todo miembro del reino animal estuvo, alguna vez, dotado de los dos sexos, y que la bisexualidad dentro de la cual nos hallaríamos los equívocos homosexuales, implicaría una regresión a las formas primitivas de aquel estado hermafrodita. Para Chevalier, que también comparte estos supuestos, la dicotomía de los dos sexos, con sus características físicas y psíqu-

cas especiales, son el resultado de constantes procesos evolutivos. En el sujeto en estado fetal se hallan los dos bandos —masculino y femenino— en pugna, hasta que uno de los dos logra triunfar, quedando el otro reducido a un estado latente, y es bajo circunstancias excepcionales que ese otro "bando" se reactiva, dando lugar a la inversión. Ernest Jones, con algunas reservas, comparte estos supuestos. Chevalier no considera la homosexualidad como una regresión, sino como una perturbación de la evolución normal. Steinach creyó encontrar nuevos puntos que colaborasen con la comprensión del fenómeno de la homosexualidad en su estudio sobre las secreciones, trabajo que más tarde publicó; sin embargo, sus argumentos fueron prontamente rebatidos por los análisis que luego se hicieron, revelando que los testículos de los homosexuales no presentaban una constitución distinta a la de los heterosexuales, comprobando que la composición celular era la misma. Moll, algo más cercano a la realidad que los autores anteriores, especifica que los homosexuales presentan, entre uno y otro caso, características tan distintas, tan dispersas entre sí, que resulta imposible establecer características homogéneas y uniformes. Moll opinaba que la homosexualidad —por lo menos en la mayoría de los casos— "no se producía por ninguna predisposición congénita sino que podía ser adquirida, y que los aportes culturales podían ser poseedores de determinantes esenciales". Entre estas diversas teorías, surgió también la de Casper, que identificó con absoluta plenitud la homosexualidad con la pederastia, pero llegando él mismo a comprobar que entre una y otra no había una generalizada relación, ya que la penetración anal no era una práctica muy difundida entre los homosexuales, y que éstos se expresaban sexualmente con preferencia a otro tipo de contactos como el coito oral (fellatio) y la masturbación mutua. Más adelante, Havelock Ellis brindará un porcentaje de las formas en que los homosexuales establecen los contactos, revelando que el 20 % excluye todo tipo de coito, aproximadamente el 30 % consume la relación a través del contacto físico estrecho y de la masturbación mutua y que entre el 50 y el 55 % llegan a la conexión intercrural empleando la fellatio como complemento.

Pero volviendo a la cuestión genética, será recién Krafft Ebing el encargado de elaborar la teoría de los factores constitucionales hereditarios, partiendo de la base de que muchos de los síntomas de las perversiones sexuales eran arrastrados desde los antecesores, principalmente de los padres, aplicando por primera vez lo que él llamó "la ley de la transmisión hereditaria progresiva". Para ello, elabora un anecdotario de cerca de doscientos casos clínicos emprendiendo analogías anómalas con sus respectivos antepasados. Este autor creyó que todos los casos de homosexualidad adquirida se trataban, en realidad, de una homosexualidad latente, reactivada por algún profundo mecanismo de donde emergía al llegar el individuo, inclusive, a la edad adulta, pudiendo estar reprimida por un extenso período de tiempo. En tales casos, se trataba de una orientación sexual congénita reprimida, o sea, que en el individuo en cuestión había una predisposición innata hacia la homosexualidad, anomalía emergida de su letargo luego de años de permanecer adormecida; y si no se trataba de una homosexualidad "pura", existía una bisexualidad que para

manifestarse necesitó únicamente de ciertos estímulos externos o ambientales. Para Krafft Ebing uno de estos estimulantes podía ser la masturbación, teoría que bien pronto fue desechada. A pesar de que este autor dedique un capítulo completo a su mentada homosexualidad adquirida opina que la misma proviene siempre de un factor congénito.

Años más tarde, con el advenimiento de la endocrinología, se pensó que la homosexualidad se debía a una deficiencia del armazón químico, centrada en las glándulas de secreción. Ya en 1952, Benedek llega a la conclusión de que en los homosexuales faltan las constelaciones psicodinámicas con indicadores corporales y hormonales. Algunos estudiosos supusieron que la homosexualidad (en los varones) se debía a una falta de elementos andrógenos (hormonas masculinas) y a un exceso de elementos estrógenos (hormonas femeninas), por lo que se creyó superado el problema al inyectar en hombres homosexuales una cierta cantidad de hormonas masculinas. Los resultados de los tratamientos endocrinológicos no pudieron ser más desastrosos (para los propulsores, por supuesto). Los homosexuales tratados, en vez de sufrir una variación de su orientación sexual, vieron recrudescidas enormemente sus ansias por los contactos sexuales, por lo que dichos tratamientos fueron suprimidos de la terapéutica contemporánea. Poco antes sobrevendría quien daría un cambio fundamental en la metodología analítica: Freud, y junto a él el impresionante movimiento que arrastró consigo. Dentro de esta ebullición aparecen autores como Adler y más tarde Stekel trabajando sobre el tema. El psicoanálisis considerará a las tendencias homosexuales del adulto como una "perturbación en el desarrollo" y el núcleo conflictivo girará en torno del complejo de Edipo, tema cuya exposición llevaría otra nota de similares proporciones.

Ni la endocrinología, ni los estudios embriológicos y zoológicos, ni la psiquiatría y la psicología han logrado detectar pautas fecientes que determinen la veracidad de muchas versiones sobre la homosexualidad. Antes de afirmar un "descubrimiento" concretado sobre el tema, habría que verificar si hay o cuál, es el índice tendencista que puede haber en la investigación. Los mencionados estudios científicos referentes a la homosexualidad están orientados, por lo general, ideológicamente. La analogía que puede establecerse es el de un científico racista empeñado en descubrir las "diferencias" entre los negros y los blancos. Tengamos la seguridad de que un científico homofóbico siempre nos va a encontrar un cromosoma de más o de menos.

Hasta el momento, las palabras de Kinsey y sus colaboradores han sido de las más esclarecedoras: "No hay por qué especular sobre la existencia de factores hormonales peculiares que determinen el que ciertos individuos tengan especial propensión a dejarse atraer por las prácticas homosexuales; además, nosotros no hemos podido dar con ningún dato que pruebe la existencia de factores hormonales. Y en realidad, no se disponen de datos suficientes como para poder suponer que tengan algo que ver los factores hereditarios específicos. Las teorías sobre apegos infantiles a uno u otro progenitor; las teorías sobre la fijación, a algún nivel de la infancia, del desarrollo sexual; las interpretaciones de la homosexualidad como un comportamiento sicopático o una degeneración moral, así como otras

interpretaciones de índole filosófico, no están basadas en la investigación científica y contradicen los datos específicos relativos a nuestra serie de historiales masculinos y femeninos. Los datos obrantes en nuestro poder indican que los factores que inducen al comportamiento homosexual son: 1º) la capacidad fisiológica básica en todo mamífero para responder a todo estímulo suficiente; 2º) el accidente que mueve a un individuo a llevar a cabo su primera experiencia con una persona de su mismo sexo; 3º) los efectos condicionantes de tal experiencia, y 4º) el condicionamiento indirecto pero vigoroso que las opiniones de otras personas, así como los códigos sociales, pueden influir sobre la decisión de un individuo a aceptar o rechazar este tipo de contacto sexual. Si todas las personas con algún vestigio de historial homosexual, o todas las predominantemente homosexuales, fueran eliminadas hoy de la población, no existe razón alguna para creer que la incidencia de lo homosexual se viera materialmente reducida en la próxima generación. La homosexualidad ha venido constituyendo una parte considerable de la actividad sexual humana ya desde los primeros albores de la historia, en primerísimo lugar porque ella constituye la expresión de ciertas facultades elementales propias del animal humano."

Muchos de los estudios acerca de la homosexualidad han estado basados en conceptos erróneos e informaciones incompletas, y luego, han ido pasando de un escritor a otro donde a menudo hasta se ha olvidado la fuente de origen, terminando por conformar una especie de tradición hereditaria más cercana a la mitología que a la ciencia.

Naturaleza y "enfermedad"

El cambio, la mutabilidad, la metamorfosis constante, es una de las particularidades esenciales del protoplasma vivo. A lo largo del desarrollo de todo ser viviente se presentan innumerables causas que motivan un estado de modificación nunca detenido. El aprendizaje es uno de esos motivos a través del cual los seres vivos van amoldando sus estructuras físicas y mentales frente a las requisitorias del medio ambiente. Analizando la vida de los seres en una escala que va desde los más simples, desde los seres más primitivos, hasta los más complejos, desde los unicelulares hasta el hombre, vemos que la importancia del aprendizaje va en aumento; esto es, las respuestas mecánicas de los primates van siendo desplazadas por las respuestas aprendidas de los mamíferos superiores. Al llegar al eslabón más desarrollado de esta escala biológica, nos encontramos con los seres humanos, los cuales han sustituido de tal modo esas respuestas mecánicas por las aprendidas que es de suponer, éstas ocupan un lugar esencial y de relevante privilegio respecto de las primeras. Así, el comportamiento del individuo se basa, ante todo, en la capacidad de reaccionar positivamente ante las acechanzas del mundo externo en una ininterrumpida búsqueda de la supervivencia. Esa capacidad está dada por el condicionamiento sufrido a través de la asimilación de sus respuestas ante determinados estímulos. Dichos estímulos provenientes del exterior exigen un tipo de respuesta para cada uno de ellos. El ser humano, ante esta significativa gama de

requisitorias ha reducido el papel de las respuestas innatas a un mínimo de posibilidades. En los mamíferos superiores, las respuestas condicionadas o aprendidas han sustituido a las no condicionadas o innatas. Es difícil de saber todavía qué grado de capacidad traemos con nosotros al nacer, lo que sí sabemos es que esa capacidad, ante el pedido de reacciones que exige nuestra posterior supervivencia, resultaría prácticamente insuficiente. El ser humano, a medida que va evolucionando en su crecimiento, más se va alejando de su estado primitivo, más se va distanciando de sus actitudes primarias y más se va desarrollando en él el proceso de aprendizaje para acondicionarse correctamente ante determinados tipos de estímulos. De esta manera, el individuo debe aprender todas las clases de respuestas ante la presencia de causas que exigen su reacción. Es de suponer que tal aprendizaje se da poco después del alumbramiento, y que persistirá hasta su muerte. Lo cultural ha ocupado un papel preponderante en la vida de todos los individuos y se supone que si conservan algún tipo de instinto, éste ha sido completamente eclipsado y reemplazado. Esto es válido también para los denominados "instintos sexuales". La conducta sexual de un pueblo o de una comunidad varía según las costumbres, la época, las circunstancias. De haber un patrón universal en lo referente a las preferencias sexuales, válido para todos los hombres y mujeres del mundo, habría que pensar que ciertos pue-

debido a la diversidad del comportamiento sexual entre una cultura y otra. Y eso no es todo; en los últimos años, parece haber surgido, según algunos autores, un exaltado recrudescimiento de la homosexualidad. A Kardiner se pregunta: "Si la homosexualidad es una variante biológica, ¿cómo es posible que esa variante biológica haya podido aumentar en un ciento por ciento en el transcurso de trece años?". Según el autor, ello resulta imposible puesto que "no hay especie animal capaz de sobrevivir a cambio o mutación tan abrupto".

Los impulsos sexuales en sí mismos responden a una condición innata, pero esto no quiere decir que los impulsos sexuales estén **determinados** constitucionalmente. Los gustos, las variaciones, las preferencias, los objetivos, los adquiere el ser humano en el transcurso de su vida. Cada persona podrá asimilarlos o modificarlos según el grado de presión social y el carácter y voluntad propios.

Uno de los slogans más utilizados contra las relaciones homosexuales es la de considerarlas "antinaturales", o sea, que ciertas manifestaciones de los impulsos sexuales son observados como contrarios a las leyes de la naturaleza, punto de vista bastante común entre muchos integrantes del mundo científico. No obstante, pocas cosas hay que se aparten más del rigor de la ciencia que estos supuestos, principalmente porque la labor del científico no reside en distanciar lo "natural" de lo "antinatural" sino el de descubrir qué incidencia posee en la naturaleza un determinado fenómeno. Los antagonismos natural-antinatural, normal-anormal, son utilizados frecuentemente no sólo por el grueso de la población, sino también por los capacitados hombres de ciencia que para no parecer arcaicos ni corrientes, han inventado una serie de nuevos términos para disfrazar viejos prejuicios, e innovar con un vocabulario de vanguardia las ideas tradicionales de un pen-

samiento ancestral. El tan mentado concepto de antinatural ha sido obviamente empleado para ocultar el miedo de todo aquello que se oponga a la "naturaleza" social en vigencia. En realidad, las leyes de la ciencia no prohíben ni admiten nada, a la inversa de lo que ocurre con las escuelas teológicas y filosóficas. La ciencia observa (o debería observar) a los hechos desde un punto de vista empírico y su preocupación no es la de juzgarlos sino la de descubrirlos, estudiarlos e interpretarlos. La ciencia no puede ser de ningún modo proscriptiva. Los actos observados desde una óptica científica no son aprobados ni condenados. La ciencia como tal adquiere una actitud contemplativa respecto de los actos que se suceden en el contexto de la naturaleza. La ciencia está más allá de lo que debiera o no debiera acontecer, y no puede estar enmarcada por los prejuicios dentro de los cuales se mueve el resto de la sociedad. Estas proscipciones son creadas por aquellos encargados de designar "la correcta orientación sexual" de los individuos sobre la base de finalidades y conveniencias humanas. Consecuentemente, desde el punto de vista teórico, la ciencia no puede admitir la homosexualidad como menos natural que la heterosexualidad por el sólo hecho de ser menos practicada. Si todas las minorías o todos los actos minoritarios fuesen tachados de antinaturales, un gran porcentaje de actividades humanas consideradas permisibles, como el alimentarse exclusivamente de hierbas o pertenecer a una secta religiosa, deberían ser tomados como antinaturales. Ningún acto de ninguna especie puede ser tachado de antinatural; por simple resultante dialéctica, tampoco de natural. Es desde esta óptica que puede asegurarse que lo natural y lo antinatural no existen. Según palabras atribuidas a Kinsey, el único acto que podría considerarse antinatural es aquel cuya realización es imposible. Nada de lo que acontezca, desde lo más extravagante hasta lo más espantoso, escapa al marco de la naturaleza. Ni el bien ni el mal, ni la enfermedad ni la salud, ni la vida ni la muerte, pueden ser considerados antinaturales. Todo lo que es posible es porque la naturaleza lo permite.

La ciencia —o mejor dicho, los científicos— dedican buena parte de su tiempo a discurrir acerca de la homosexualidad. Elaboran diversas teorías que van desde la "cura" hasta la prevención y el desaliento de la conducta homosexual. Estas posiciones tienen algo en común: todas ellas excluyen la opinión de los propios interesados, como si los homosexuales no tuviésemos capacidad crítica ni pudiésemos discernir sobre nuestra realidad.

El día 27 de octubre de 1974, el Dr. Everardo Power, por entonces presidente de la Liga Argentina de Educación Sexual, dictó una conferencia sobre el tema. En realidad, como casi siempre ocurre, de lo que se habló no fue de la homosexualidad, sino de las fantasías homosexuales de los heterosexuales. Power opinó que la homosexualidad no es una enfermedad sino una conducta sexual socialmente indeseable; por consiguiente, la función del científico es recomendar a los padres que la desalienten. "Ser homosexual —dijo— es algo muy desagradable. cae muy mal. ellos no son nada felices". Además, cuenta Power, "los homosexuales quieren curarse, y tratan de llegar puntualmente a su terapia, pero en el camino toman un tren en el cual otro sujeto les dirige una irresistible mirada homosexual que los

obliga a bajarse y tener relaciones en el lugar más próximo, con lo cual pierden dos cosas: primero, el dinero de la terapia y, segundo, el tiempo, puesto que —según Power— los homosexuales no gozan”.

Otro de los terribles males que acarrea la conducta homosexual es el “sexo-centrismo”, o sea, que los homosexuales viven pensando en el sexo, lo cual constituye un claro síntoma patológico. Casualmente, el individuo que afirma todo esto, vive de dar conferencias sobre sexualidad. Objetar sus puntos de vista resulta sencillo: 1º) El concepto de “desalentar la homosexualidad por ser socialmente indeseable” cae fuera de los límites de la ciencia, por cuanto abarca un fenómeno social que el disertante no analiza, desconociendo la incidencia de la represión y la marginación al homosexual. 2º) No sabemos a base de qué conocimiento o experiencia personal el disertante sostuvo que los homosexuales no gozan. Nosotros podemos decir que sí, que los homosexuales gozamos, y que somos los más autorizados para saberlo y los únicos autorizados para decirlo. Pero mientras tanto, el discurso de Everardo Power sigue límpido y cristalino en las alturas de la ciencia.

Dicho análisis puede ubicarse —por lo menos en apariencia— a un cierto nivel. Hay otros que sobrepasan ya el límite de lo concebible, como el de este apunte universitario: “La homosexualidad, tanto masculina como femenina, es la práctica sexual y tendencia erótica hacia sujetos del mismo sexo. La desarrollan sujetos perversos, degenerados sexuales, personalidades perversas favorecidas por medios carcelarios, reformatorios, asilos, salas de hospitales de enfermos crónicos; perversos abúlicos, refractarios al trabajo. La homosexualidad adquirida por conflictos psicológicos la desarrollan sujetos que fracasaron con el sexo opuesto, los narcisistas y los que tienen una excesiva fijación maternal. También los débiles mentales son fácil presa de la homosexualidad”. Esto es lo que se ve obligado a estudiar un alumno de cuarto año de medicina en la Argentina.

Los estudios que tanto la medicina como la psiquiatría y la psicología han hecho sobre la homosexualidad, han estado basados en el conocimiento empírico de los pacientes. Sin embargo, cabe preguntarse: Estas disciplinas, ¿poseen un conocimiento real del homosexual en general? De hecho, los únicos homosexuales que acuden a los consultorios a causa de problemas relacionados a su homosexualidad, son los conflictuados, los que viven su homosexualidad con culpas y remordimientos, los que no están conformes con su sexualidad y desearían “curarse”, los problematizados con su medio y hasta consigo mismos. En estos homosexuales, tal vez **realmente enfermos**, están hechos la mayoría de los estudios clínicos, psiquiátricos y psicológicos; amén de los análisis hechos de la homosexualidad en los internados y en las prisiones. De aquí en más, observando estos casos, resulta fácil diagnosticar a la homosexualidad como producto de un “desequilibrio emocional”, de una “degeneración” o de una “compulsión sexual” provocada por el medio ambiente. Calificar a un individuo de “enfermo”, “invertido” o “desviado” por no responder al rol social previamente fijado para él, carece de sentido, principalmente en psicología, que es en donde no se ha logrado exhibir todavía las características concretas y definidas sobre sanidad y enfermedad, estando es-

tas sujetas a la subjetividad de cada especialista. Por el momento, tanto los conceptos de salud como de enfermedad, no se han formulado en términos absolutos, por lo que resulta tremendamente difícil para la psicología encuadrar la homosexualidad dentro de un tipo específico de enfermedad, como la neurosis o alguna clase de “conducta psicopática”. La imprecisión de lo que se entiende por enfermedad, se extiende —inevitablemente— a la imprecisión del lenguaje psicológico para calificar a la homosexualidad y que va desde “perversión” e “inversión” hasta “perturbación en el desarrollo”. A este desconocimiento de lo que se entiende por enfermedad se une el desconocimiento de la homosexualidad. English y Pearson sostienen que “el homosexualismo es una perturbación del carácter” y califican a los homosexuales como individuos “infantiles”, “sexualmente inmaduros”, “no constructivos”, “personalidades incompletas”, “seriamente mal ajustados”, “emocionalmente inestables y con tendencia a depender de otros”, etc., lo que revela un ensañamiento homofóbico del autor. Desmond Curran y Denis Parr sostuvieron, en cambio, que la mayoría de los casos por ellos estudiados “en general habían triunfado en la vida y eran miembros valiosos de la sociedad, muy lejos de la concepción popular de tales personas como viciosos, criminales, inútiles o depravados. Solamente la mitad de los pacientes mostraron anomalías psiquiátricas (...) y tales anomalías eran explicables como reacción a las dificultades de ser homosexuales”. Renée Liddicoat, en un estudio similar, llega a las mismas conclusiones. Dicho autor, en un análisis realizado en Africa del Sur sobre un grupo de 50 hombres y 50 mujeres homosexuales —y un grupo piloto de heterosexuales— reveló que: “No existió ningún factor ambiental común a todos los casos; el grupo no demostró ninguna tendencia hacia una personalidad psicopática; en algunos individuos, se hallaron síntomas altamente neuróticos, pero que éstos síntomas también fueron hallados en algunos heterosexuales; los resultados de las pruebas de inteligencia entre un grupo y otro fueron significativamente más altos entre los homosexuales que entre los del grupo piloto; la seducción no fue un factor determinante en los individuos orientados homosexualmente y sus ocupaciones eran tan estables como las de los heterosexuales”.

Sin embargo, y a pesar de todo, la mayoría de los analistas no vacila en denominarla enfermedad, no obstante ser conscientes de la vaguedad de dicho término. En lo referente a las enfermedades mentales, los conceptos parecen ser muy imprecisos. La psiquiatría, por ejemplo, es una ciencia teórica basada en el estudio de la conducta, ciencia que en sus inicios estaba estrechamente ligada, sino directamente fusionada, con la filosofía y la ética. Progresivamente, los psiquiatras empezaron a considerarse científicos empíricos cuyas observaciones, teorías y métodos experimentales no diferían de los de las ciencias naturales. Para los estudiosos sobre los fenómenos sociales es imposible justificar esa etapa de ciencia empírica dado que los problemas éticos no pueden resolverse por métodos médicos. En psicoanálisis, el único elemento de apoyo de las teorías sustentadas son los “años de intensa experiencia analítica”, tradición iniciada por Freud. De esta manera, el análisis de fenómenos como la homosexualidad pasa a convertir a ésta en una enferme-

dad, porque la heterosexualidad es la norma social aceptada. Esto implica que el culto de la psiquiatría y el psicoanálisis ha creado una enfermedad donde la enfermedad no existe. Al público parece haberse ocultado esta disidencia que hay entre los mismos especialistas sobre qué es enfermedad y qué sanidad. Sin embargo, a ese mismo público se le ha sostenido con absoluta seguridad y convicción que la homosexualidad está encuadrada dentro de las denominadas enfermedades mentales. Tanto los psiquiatras como los psicoanalistas no consideran a sus teorías provisionales. Estos especialistas tienen todo el derecho de proclamar teorías bajo cualquier inspiración, de lo que no tienen derecho es de proclamar su validez. Lo que exponen como pruebas carecen de las condiciones mínimas del rigor científico. Parece ser que los “años de intensa experiencia analítica” son la única medida válida en una disciplina cuyos descubrimientos se basan en la capacidad de observación, la sensibilidad y la intuición, factores que pueden confirmar para siempre los prejuicios del punto de partida.

En una serie de historias experimentales realizadas al respecto, sobre la base de los conocidos test TAT, MAP y Rorschach, fue imposible sostener con precisión cuáles habían sido hechos por homosexuales y cuáles por heterosexuales. El resultado (aciertos y desaciertos) no fue superior a una elección librada al azar. Si las características de las “desviaciones sexuales” no pueden ser captadas, resulta un tanto aventurado diagnosticar, por ejemplo, que “la base de la psicosis paranoica es un pánico homosexual latente”. En el estudio de Little y Schneidman, un cierto número de personas normales fueron descritas como psicóticas, o colocadas en la categoría de “esquizofrenia con tendencias homosexuales” o “sujeto esquizoide con tendencias depresivas”.

La variedad de los impulsos hedonísticos en los niños ha sido considerada por la psicología como “perversa” (perverso polimorfo). Paradójicamente, la psicología ha sido la encargada de investigar —y casi diríamos descubrir— la sexualidad infantil, o sea esa variedad de impulsos hedonísticos, y la importancia que posee en los primeros años de vida. Según esta formulación, la psicología admitiría tácitamente que la sexualidad “pervertida” es en los niños más importante que la “sexualidad normal” misma. Cabría pensar entonces que tal “perversión” se da en los individuos —en este caso los niños— que por su corta edad carecen de las internalizaciones prohibitivas, del conocimiento de las manifestaciones sexuales consideradas tabú por nuestra cultura. En definitiva, “perverso” es todo aquel individuo en que el aprendizaje es todavía demasiado débil para coartar su capacidad de respuesta ante cualquier estímulo que lo excite. Esto nos lleva a pensar que vemos las distintas expresiones de su sexualidad no desprovistas de prejuicios y limitaciones culturales, es decir, desde una moral “adulta”, sujeta a pautas aprendidas, increíblemente distantes de nuestro estado primitivo. Partiendo de aquí resulta sencillo diagnosticar un tipo de respuesta sexual que no responda a las normas convencionales como “enferma”, “perversa” o “regresiva”. Creo que si hay una pauta evidente de “conducta sexual desviada” o de “enfermedad” en nuestra cultura, ella es la fijación compulsiva en una sola expresión de la conducta sexual.